

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO

RAZONES
PARA VIVIR

CUADERNO DE APUNTES IV

TRIGÉSIMA EDICIÓN

Ediciones Sígueme
Salamanca 2021

© Ediciones Sígueme, S.A., 1999
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

Cubierta: imagen digital realizada por Christian Hugo Martín
para Ediciones Sígueme

ISBN: 978-84-301-2090-1
Depósito legal: S. 137-2021
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

INTRODUCCIÓN

Y van... cuatro. Cuando, hace ahora cuatro años, firmé la introducción de «Razones para el amor» me prometí ante mis lectores que aquella era la «tercera y última entrega» de mis razones. Lo creía y lo deseaba sinceramente, ya que, me parecía a mí, que con una trilogía y con cuatro años de artículos semanales en «Blanco y Negro», ya estaba bien. Tenía que concluir aquella sección periodística, que había empezado como un juego, pero que ahora me asfixiaba casi. Tenía yo la sensación de no tener ya nada que decir, de haber sido exprimido como un limón. Y todas las semanas me decía a mí mismo: «Este es el último artículo de la serie». Pero, el mismo día que hacía el propósito, llegaba la carta de uno o de varios lectores que pedían que –¡por piedad!– no dejara aquella serie que para ellos era un consuelo y un aliento indispensable. Yo, naturalmente, no me lo podía creer, pero tampoco podía dudar de su sinceridad, aun cuando viera en sus escritos más el cariño que la objetividad. Pero el resultado es que, por piedad o por lo que fuera, yo seguía sintiéndome obligado a seguir.

Así han continuado las cosas cuatro años más, doscientas y no sé cuántas semanas más. Y siempre con el mismo resultado –que a mí me sorprendía cada día más–: eran docenas, cientos los que me contaban que mi palabra era útil. Su amor me obligó a seguir trabajando. Haciéndolo lo mejor que yo sabía, tratando de estar a la altura del corazón de mis lectores, pero sin salir tampoco de mi asombro.

Por otro lado, la vida de todo hombre va enriqueciéndose con el paso de los años si se sabe vivir despierto. Y tengo que confesar que la mía tuvo esa fortuna muy especialmente en los últimos cuatro años. Años especialmente difíciles. Me atrevería a decir que «progresivamente difíciles». Pero, precisamente por eso, años fecundos, enriquecedores, al menos para mí. Cuando concluía «Razones para el amor» hacía algunas semanas que habían comenzado mis sesiones de diálisis. En ellas sigo. Y últimamente mi corazón, que debía estar celoso de mis riñones, también empezó a hacerme perrerías (ahora me lo han domesticado con un marcaapasos). Y resulta que, gracias a esas cuestras arriba (no soy tan vanidoso como para llamarlas «calvarios») he ido aprendiendo a ser más hombre.

¿Puedo detenerme ahora un minuto en esta introducción y contaros algo que hoy me conmovió hasta las lágrimas? Resulta que uno ha leído cientos de veces el evangelio pero, en cada una de las nuevas relecturas te encuentras algo que no habías sospechado. Y hoy, leyendo la historia de Pilato, me dije a mí mismo: ¿Te has fijado de «en qué momento formula el prefecto romano su famosa afirmación cristológica: ‘He aquí al hombre?’». ¡Cuando le ve destrozado de golpes, con el rostro tumefacto de bofetadas, deshecho por la garra del dolor! ¿Es que el hombre solo empieza a ser hombre cuando ha pasado ya por la criba del dolor?

No me atrevo a contestar tajantemente a esta terrible pregunta pero sí quiero deciros que a mí el dolor me ha estirado el alma para entender un poco mejor las de los demás y, con ello, otorgarme los mejores gozos de mi vida.

Así pude seguir escribiendo ¡cuatro años más! Y ahora siguen siendo los lectores quienes me empujan a recoger en libro lo publicado. Todo sería imposible, pues haría un tomo cinco veces como el que tienes en tus manos. Queden aquí, al menos, los artículos que considero más significativos.

Y otra vez espero que este volumen sea el último de la serie. Aunque ya no me atrevo a asegurar nada.

DESPIERTE EL ALMA DORMIDA

«**Y**o estaba tranquilo en mi mediocridad hasta que me resultó insoportable». Leo esta frase en la autobiografía de Robert Hossein, el cineasta francés, y me pregunto a mí mismo si esto de la mediocridad no será la mayor lacra de la Humanidad, de la que decía Ortega y Gasset que lo único que tiene de excelente es esa hache mayúscula con que la decoramos tipográficamente. ¿No es inevitable ser me-diocre? ¿No tiene todo hombre clavada en la carne esa tendencia a vivir dormido tres cuartas partes de su vida?

No me refiero a aquella «aurea mediocritas» de la que hablaba Horacio, de ese no tener muchos deseos y contentarse con lo que se posee. Hablo de la mediocridad de alma, de esa terrible tentación de rutina y vulgaridad que nos rodea por todas partes.

Ya sé que la tensión permanente es imposible, que ni los genios lo son veinticuatro horas al día. Que con frecuencia hay que «descansar de vivir», que decía el poeta. Pero me pregunto si estos descansillos transitorios no se convertirán para muchos en una ley de vida, vuelta ésta una siesta interminable. Me pregunto si, como conclusión, no acabamos todos o casi todos los hombres siendo no seres humanos sino sólo muñones de hombres.

¿De qué mediocridad estoy hablando? De la de quienes no son ni buenos ni malos; de quienes más que vivir se limitan a dejarse vivir; de los que no tienen ilusiones, ni esperanzas y jamás

aspiran a mejorar; de cuantos rebajan todo lo grande y prefieren arrastrarse, a escalar; de quienes desprecian todo lo que no está a su alcance y embisten –como dijo Machado– contra todo lo que no entienden; de los que intelectualmente se alimentan de lugares comunes que jamás revisan; de quienes no hablan sino de tonte-rías; de cuantos dicen que se aburren porque se han sometido a la rutina. De todos aquellos a quienes puede aplicarse la frase más dura de toda la Biblia, aquella en la que, en el Apocalipsis, dice el Espíritu al obispo de Laodicea: «Ojalá hubieras sido frío o caliente. Pero como no has sido ni frío ni caliente, sino tibio, comenzaré a vomitarte de mi boca».

Es cierto: la mayoría de los humanos se derrumban mucho más por la cuesta de la vulgaridad que por la del mal. Muchos iniciaron su juventud llenos de sueños, proyectos, de planes, de metas que tenían que conquistar. Pero pronto vinieron los primeros fracasos o descubrieron que la cuesta de la vida plena es empinada, que la mayoría estaba tranquila en su mediocridad, y decidieron balar con los corceles.

Porque el gran riesgo de la mediocridad es que se trata de una enfermedad sin dolores, sin síntomas muy visibles. Los mediocres son o parecen, si no felices, al menos tranquilos. Y en esa especie de ciénaga tranquila interior es muy difícil que esa mediocridad llegue a hacérseles –como a Hossein– «insoporable». Con frecuencia es necesario un gran dolor para que logremos descubrir cuán mediocres somos. Y hace falta un terrible esfuerzo para salir de la mediocridad y no regresar a ella de nuevo.

Ésta ha sido para mí una vieja obsesión. Recuerdo que en la primera novela que escribí se dibujaba a un cura –en el que en realidad me pintaba no a mí, pero sí lo que yo temía llegar a ser– que, en vísperas de su muerte, descubría que no había sido ni bueno ni malo, que comprendía que no había sabido realizar ninguno de sus deseos y soñaba que, después de su muerte, era condenado por Dios a un particularísimo purgatorio: recibía un gran saco de avellanas que representaban los días de su vida y se le castigaba a abrirlas una por una: todas estaba vanas y vacías.

Solemos decir: tengo cuarenta, cincuenta, sesenta años. He vivido, por tanto, tantos miles de días, tantos millones de horas. Pero si alguien examinase una por una, ¿a cuántas quedarían reducidas? Tal vez nos sentiríamos felices si hubiéramos vivido una de cada diez. Lo demás es sueño, siesta, horas pasadas en Babia.

¡Y luego se queja el hombre de que la vida es corta: y somos nosotros los que cloroformizamos nueve de diez partes!

¿Qué sería, en cambio, una Humanidad en la que todos sus miembros aprovecharan al ciento por ciento sus energías, una Humanidad de seres creadores, despiertos, amantes?

«Recuerde el alma dormida...», nos exhortaba el poeta, porque «la muerte se viene tan callando». Pero no es lo preocupante que venga la muerte, sino que sea la vida la que se marcha «tan callando». Tan callando, mientras nosotros dormitamos a la orilla del milagro.

ÍNDICE

	Introducción	11
1	Despierte el alma dormida	15
2	Conquistar la resurrección	18
3	La apuesta de ser hombre	21
4	Ser luz para los demás	24
5	Sólo un paso	27
6	Bienvenido a este mundo, pequeño	30
7	Matar con los ojos	33
8	Los dos tribunales	35
9	Las tres plenitudes	37
10	La puerta de la verdad	39
11	La oca de Nieves	41
12	El riesgo	43
13	Martirio a plazos	45
14	El arte de criticar	47
15	Detrás de las estrellas	53
16	El tutor	55
17	El ladrillo	57
18	Aprender a equivocarse	59
19	Gente encantadora	61
20	El caballo estaba dentro	63
21	La catedral abandonada	65
22	Demetrio, el monje	67
23	Veinticuatro maneras de amar	69
24	Libertad y obediencia	71
25	El imán y el hierro	75
26	¿Electricista o poeta?	77
27	Regalar la sombra	79
28	El novicio sediento	81
29	La verdad es sinfónica	83

30	Basta una cebolla	85
31	Gente positiva	87
32	Tener razón	89
33	Un amigo fiel	91
34	Juventud sin mañana	93
35	El arte de dar lo que no se tiene	95
36	El mal del mundo	97
37	Los padres ancianos	99
38	Oración para pedir el buen humor	101
39	Los tres corazones	103
40	El sol de la vejez	105
41	Elogio de las bibliotecas	107
42	Tirarse los platos	110
43	Los hombres-bonsái	113
44	La soledad de los niños	116
45	Rebeldes de pacotilla	119
46	Dios en el ascensor	122
47	¿Es rentable ser buenos?	125
48	Lo más precioso e importante	128
49	Una madre cansada	131
50	La monja gitana	134
51	San Martínez	137
52	Tolerancia y fanatismo	140
53	La música y el paraíso perdido	143
54	Gente aburrida	146
55	Bajar del éxtasis	149
56	Elogio del trabajo	152
57	La conciencia y el capricho	155
58	Hacer lo que se puede	158
59	Operación confianza	161
60	Derriba tus muros	164
61	Salvo en la casa de mi madre	167
62	Marcapasos del alma	170
63	La carcoma de la envidia	173
64	Las lentejas del hermano Rafael	176
65	El riñón del prójimo	179
66	«Cuando llega el arrabal de senectud»	182
67	Saber reírse	185
68	Silencio sobre lo esencial	188
69	Un vacío imposible de llenar	191
70	Peor que la muerte	194
71	Cambiar de camino, no de alma	197
72	Un niño retrasado	200
73	Época de transición	203
74	Echarle una mano a Dios	206

75	Las tres vidas	209
76	Los pequeños detalles	212
77	Los dos rostros del dolor	214
78	El arco iris de la abuela	217
79	Cocinar como quien oficia	220
80	Los padres oprimidos	223
81	«Cuida de los niños»	226
82	Dos caramelos	227
83	¡Tonta! ¡Tonta!	229
84	El caso Rambert	231
85	Las dos primeras comuniones de Loli	233
86	Milagro en un «pub»	235
87	La dama que quería padecimientos	237
88	El castigo de ver	239
89	Un estallido de felicidad	241
90	El aplauso de las raíces	243
91	El niño que quería ser un televisor	245
92	Las dos profesoras	247
93	Gente resucitada	249
94	«Gracias, muchas gracias»	251
95	Valle de lágrimas	253
96	Sólo semillas	255
97	Las ruedas del alma	257
98	Perdón y olvido	260
99	El miedo a fracasar	263
100	Vida «light»	266
101	La santa fea	269
102	Los malentendidos	272
103	La última castañera	275
104	«Unos espárragos, si los hubiera»	278
105	Oración a María de un hijo agradecido	281
106	El «Padre nuestro» de Dios	284